



Eje II: “Inventamos o erramos” Epistemologías desde la periferia

Mesa 8: Epistemologías y metodologías de la investigación para la emancipación.

Título de la ponencia: **El aporte de la geopolítica de la Izquierda Nacional a la historia fueguina.**

Autor: **Hugo Alberto Santos** (Centro de Estudios Nacionales “Arturo Jauretche”).

Palabras Clave

Tierra del Fuego; Historia Regional; Misión Anglicana; Geopolítica; Soberanía.

El aporte de la geopolítica de la Izquierda Nacional a la historia fueguina.

En la Introducción de mi libro “Historia crítica de la Soberanía Argentina en la Tierra del Fuego” describo la forma en que me acerqué a la historia de la tierra en que vivía desde fines de los ’80. Impelido por mi nuevo trabajo en el Museo del Fin del Mundo, comencé a incursionar en los anaqueles de su biblioteca. A medida que me nutría con las lecturas diarias, se me fueron originando preguntas.

Una primera aproximación al intento de responder a los interrogantes que me surgían fue el artículo Lasserre, Roca y la soberanía en la Patagonia Austral, que apareció publicado en marzo del 2007.

La pesquisa no se detuvo. Nuevas lecturas. Nuevas aproximaciones a mi objeto de estudio, fueron enriqueciendo ese esbozo inicial. Pero aún estaba incompleto: “las piezas no terminaban de encajar”.

Hasta que llegó a mis manos el artículo “Geopolítica, marxismo e Izquierda Nacional” de Roberto Ferrero, historiador cordobés, de prolífica producción. Su lectura fue clave para ordenar todas las lecturas previas, todos los materiales acumulados y las hipótesis formuladas. El capítulo 4 de mi libro: “La soberanía argentina en la Patagonia” fue elaborado a partir de los planteos de Ferrero sobre la geopolítica.

Allí decía, al inicio del capítulo: “El tema de la afirmación de la soberanía nacional en Tierra del Fuego y, a nivel más general, de la Patagonia, ¿bajo qué marco teórico es apropiado abordarla? Este trabajo lo hace desde la Geopolítica, entendida como la ciencia que estudia «la influencia de los factores geográficos, en la más amplia acepción de la palabra, sobre el desarrollo político en la vida de los pueblos y Estados», según la

definición del geógrafo y politólogo sueco Rudolf Kjellén (1864-1922), quien acuñó dicho término en base a los elementos que aportaron anteriormente Karl Ritter, Friedrich Ratzel y Eliseo Réclus.”

Luego continuaba: “Sobre la importancia de la Geopolítica nos dice Roberto Ferrero: «Este tipo de influencia del medio sobre la política de los Estados y, en un sentido más amplio, sobre el desarrollo de una comunidad humana (nacional o regional), es de tal obviedad que sólo por el exagerado determinismo fatalista de Ratzel o por los usos partidistas y utilitariamente agresivos hechos por los geopolíticos nazis como Haushofer o Hennig & Körholz, han podido los científicos sociales marxistas o liberales despreciar la Geopolítica como una ‘pseudociencia’». Más adelante señala: «En cambio, el novísimo ‘Primer Diccionario Altermundista’ pone las cosas en su lugar: en la voz ‘Geopolítica’ define a ésta como ‘el estudio de las relaciones entre las condiciones geográficas y la política de los Estados’, reconociendo que ‘la visión clásica subestima la relación entre geopolítica e historia’». Se refiere al diccionario editado por Le Monde Diplomatique en el 2008.”

Ferrero amplía estos conceptos al señalar que: “Despojada de sus excrecencias militaristas, superdeterministas y anticientíficas, la Geopolítica es indispensable para enriquecer y afinar cualquier análisis social y político de la arena internacional (el imperialismo, la diplomacia, la guerra...) o de la dialéctica de grandes unidades territoriales dentro de un conjunto nacional (el Interior versus Buenos Aires, por ejemplo, o el Oriente boliviano versus el Altiplano histórico) porque brinda el marco y los condicionamientos de la acción social y estatal y fija sus límites. También explica ciertas incitaciones para una política estatal (...).”

Estos párrafos del artículo de Ferrero aclararon un nudo importante: el prejuicio con respecto a la geopolítica había trabado el desarrollo de mi pesquisa.

El historiador cordobés nos habla luego de una segunda acepción de geopolítica “como una «geo-estrategia», pero no en el sentido militarista que adquiere en la pluma de algunos de sus cultores, sobre todo de los que provienen del medio castrense, como el Contralmirante francés Pierre Celerier (v. su libro «Geopolítica y Geoestrategia»), sino como denominación de un proyecto político y social de magnitud histórica como dijimos [la negrita es del autor]”.

Luego de presentar distintos ejemplos hallados en los escritos de Karl Marx, Friedrich Engels, George Plejanov y León Trotsky, concluye: “hay en los clásicos del marxismo, primero, algunos embriones, y luego, cierto desarrollo de una Geopolítica propiamente dicha que aún no dice su nombre, en cuanto trata de determinar en qué grado la influencia del factor geográfico y la ubicación espacial influyen en la política de

algunos Estados (...). Hay apreciaciones científicas de determinados casos concretos, bajo las cuales subyace una concepción específica de las relaciones existentes entre el espacio geográfico y la conducta política: precisamente una concepción geopolítica”.
[negrita del autor]

Roberto Ferrero señala que, en nuestro país, muchos autodefinidos marxistas “han hipertrofiado a tal extremo el carácter explicativo de la lucha de clases que reducen a ella todos los fenómenos sociales más complejos, con exclusión de los factores geopolíticos que completan armoniosamente el análisis clasista”.

Al definir la quintaesencia de una Geopolítica marxista nos dice: “que ella es tal cuando se la considera siempre en relación al nivel de la técnica y de las fuerzas productivas y en su historicidad específica. Su ley más general no sería otra que esta: «El condicionamiento de la sociedad y de su política estatal por el medio geográfico natural está en proporción inversa al nivel de las fuerzas productivas y el desarrollo científico, tecnológico y cultural»”.

Señala Ferrero que Terzaga no llega a constituir en sistema sus ideas de una Geopolítica marxista nacional, pero que entendía “que la relación geopolítica entre el factor natural y el crecimiento de la técnica y las fuerzas productivas tiene un sentido histórico unidireccional positivo, en el cual, superado cierto umbral de crecimiento de las últimas, ellas pasan a ser el elemento hegemónico de la combinación, subordinando cada vez más a lo geográfico”.

En síntesis, “Geopolítica, marxismo e Izquierda Nacional” de Roberto Ferrero, es la formulación de una geopolítica marxista, desde la perspectiva de la Izquierda Nacional, desde la visión que propone el Revisionismo Histórico Socialista (o como gusta denominar Ferrero: el revisionismo científico).

Al realizar mi primer acercamiento al tema, con ese artículo de 2007, Alfredo Terzaga era una clara referencia. La centralidad que le adjudica Ferrero, no hizo más que indicar lo acertado de mi orientación original.

En su Historia de Roca, más precisamente en el tomo II, Terzaga denomina al capítulo 19: “Un cambio geopolítico”, lo cual en los setenta era toda una toma de posición. Allí a través de su análisis del significado de la llamada “Campaña al Desierto”, historiza las distintas concepciones sobre el espacio geográfico heredado de la colonia y las distintas (y opuestas) políticas llevadas a cabo por Buenos Aires en defensa de sus intereses. Así la “provincia-Metrópoli” pasa de una “centralización revolucionaria” a ser una fábrica de separatismos, desprendiéndose del Paraguay, el Alto Perú y la Banda Oriental. El punto culminante de esta política de “patria chica” fue el intento de constituir la “República del Plata”, excluyéndose de la Confederación Argentina, en 1854.

Luego cita al “Colorado” Ramos: “Tal era en efecto el desprendimiento de la oligarquía porteña, que si carecía de concepto territorial de Nación era justamente porque no era una clase nacional, ya que la noción del espacio geográfico soberano aparece cuando se han generado las condiciones de producción capitalista requeridas para ese espacio o cuando el interés dinástico anticipa las condiciones políticas de esa soberanía. El regionalismo exportador de América Latina demostraría, que sólo era apto para formar Estados, en modo alguno Naciones”.

En la parte medular, Terzaga sostiene: “hasta que se realizó la campaña final de 1879, rematada por las inmediatamente posteriores en Neuquén y en Santa Cruz, como también en el Chaco, toda la política argentina estuvo determinada básicamente por la invariable presencia de tres grandes y diferenciadas unidades territoriales: Buenos Aires con su provincia; el Litoral y el Interior. No se trataba, por cierto, de un puro y fatal determinismo geográfico, sino del juego de los diversos intereses regionales, que a pesar de mantener características locales en su confrontación con los demás, cambiaron bastante, sin embargo, en el no breve período que va desde 1810, o desde las invasiones inglesas, hasta 1880. Esas tres unidades determinaron, con su juego alternativo de rivalidades y alianzas, todo el marco geopolítico de la vieja Argentina, aquella cuyo espacio estaba trazado por el periplo regular de los arrieros sanjuaninos, por la ruta de las diligencias y sus postas, por el tránsito de las tropas de carretas tucumanas y cordobesas, por los arreos de mulas desde el Litoral hacia el Norte, por la atracción comercial desde el Norte a los puertos litorales y, sobre todo, por la succión ejercida con su doble poder -económico y político- por la vieja capital del Virreinato”.

Y concluye: “La incorporación de Pampa y Patagonia (parecida de hecho a una anexión, aunque la palabra resulte fuerte) agregó al país el doble de espacio del que había poseído; alteró el viejo juego triangular de las unidades regionales; puso en vigencia una concepción geopolítica fundada en el gran espacio; ensanchó el país; las provincias interiores ganaron territorios nuevos, y aunque no pudo poblar adecuadamente los espacios australes (para ello hubiera necesitado de tanta población como la del país entero), echó sí las bases para el surgimiento de un nuevo Estado que ya no fuera -como no lo fue- la expresión del predominio de una de las tres unidades clásicas, sino de la Nación en su conjunto. Por eso, si puede hablarse en propiedad de una política territorial de expansión, después de la gesta de la Independencia, ello no es otra que la conquista efectiva del propio territorio, efectuada sin titubeos por el nuevo Ejército Nacional, y por Roca, caudillo de ese ejército (...)”.

La campaña de 1879 borró la llaga de la frontera interior y significó para el país un crecimiento hacia adentro, la posesión efectiva de los territorios patagónicos y la afirmación de la soberanía. Esto, evitando una guerra con Chile, y aplicando la política

de primero ocupar y después discutir, favorecida por la guerra que este país libraba con Perú y Bolivia. Terzaga señala esta política como el reverso de la prédica sarmientina de que el mal que aquejaba a nuestro país era la extensión. Se pasó de una política de geografía pequeña a una “geopolítica de la Patria grande”.

La División Expedicionaria al Atlántico del Sud, comandada por el coronel de Marina Augusto Lasserre y destinada a la creación de dos subprefecturas en la Isla de los Estados y en Ushuaia, se inscribía dentro de este cambio en la concepción geopolítica que introdujo el general Julio A. Roca y la Generación del 80 que lo secundaba. De hecho, Lasserre era amigo de José Hernández, figura prominente de dicha generación, y su carrera militar se interrumpió cuando Mitre resultó victorioso en Pavón. Vuelve a comandar una nave de guerra, cuando el general e historiador porteño se alza contra la victoria de Nicolás Avellaneda (hombre del Interior) en las elecciones de 1874. Era un marino federal y no era una excepción en la Marina de aquella etapa.

La afirmación soberana efectiva en la Tierra del Fuego vino a poner fin a un interés secular por parte de Inglaterra sobre la región austral de la Patagonia que, a través del Estrecho de Magallanes y del Cabo de Hornos unía a los océanos Atlántico y Pacífico. En la segunda mitad del siglo XVI, Inglaterra comienza a emerger como rival del Imperio Español. Luego se sumarán los Países Bajos. En el Atlántico Sur, a fines de este siglo, se sucede el tránsito por el Estrecho de Magallanes de varios piratas ingleses: Francis Drake, Thomas Cavendish, Andrew Merrick y Richard Hawkins, cruzan el Estrecho de Magallanes para atacar las ricas posesiones españolas de Chile y Perú.

En el siglo XVII, más específicamente, con la expedición que en 1669 encabeza John Narborough con el buque Sweepstakes y la pinaza Batchellor Pink, cambia la actitud de este reino respecto a las posesiones españolas en América. Narborough toma posesión de Puerto Deseado y luego del Estrecho de Magallanes, poniendo de manifiesto el deseo de la corona inglesa de situar un establecimiento en nuestra Patagonia a costa del imperio español, sin importar que las naciones estaban en paz.

En el siglo XVIII, es el almirante George Anson, quien dirigió una expedición contra las posesiones españolas en América, luego de una travesía caracterizada por naufragios, tormentas, el escorbuto castigando a las tripulaciones, logra su cometido en las operaciones de corso. Las historiadoras Luiz y Schillat señalan que al regresar a Inglaterra, “abogó por la fundación de un establecimiento en las Malvinas. Según Anson, la importancia de las islas era tanto estratégica como económica por cuanto la presencia de una base naval en el archipiélago favorecería el desarrollo del comercio en el Pacífico.” El Almirantazgo hizo suya esta propuesta y organizó en 1749 una expedición con el propósito de tomar posesión de las islas, pero finalmente desistió ante las protestas españolas.

Más adelante, las autoras señalan: “Uno de los partidarios de la colonización de la Patagonia fue el jesuita Thomas Falkner, quien había obtenido abundante información durante sus años de residencia en Córdoba y Buenos Aires. En su relación, publicada en Londres en 1774, exponía las razones de su preferencia hacia esta región frente a las Malvinas, señalando la riqueza de ganado, la disponibilidad de agua y leña y la posibilidad de establecer un trueque activo con los pacíficos indios tehuelches. Agregaba además otra ventaja, la posibilidad de operar durante muchos años en la costa patagónica sin que los españoles advirtiesen la presencia extranjera.”

Francia, que había perdido sus colonias en Canadá y la hegemonía en la India, también fija su vista en el Atlántico Sur, buscando compensar esa pérdida. Las posibilidades que se presentaban, en este sentido, eran la ocupación lisa y llana de territorio colonial español o el descubrimiento y colonización del mítico continente de la Terra Australis. Uno de los más fervientes defensores de esta política expansionista era el capitán Louis Antoine de Bougainville, quien toma posesión de las Islas Malvinas y funda Puerto Luis en febrero de 1764. Ante las protestas de los aliados españoles las islas son devueltas tres años después.

Ese mismo año, los ingleses envían una expedición al mando del comodoro John Byron, compuesta por la corbeta Dolphin, la fragata Tamar y la carraca de abastecimiento Florida. En enero de 1765, la expedición “redescubrió” las islas, bautizó a Puerto Egmont, en honor del segundo conde de Egmont, John Perceval, primer lord del Almirantazgo e impulsor de la expedición (denominado por los españoles Puerto de la Cruzada), y tomó posesión en nombre de la Corona de Inglaterra. En enero de 1766, el capitán de navío John Macbride fundó en dicho lugar el fuerte “George”.

Los ingleses son desalojados de Puerto Egmont en 1770 por una fuerza española comandada por el capitán de fragata Juan Ignacio de Madariaga y del coronel Antonio Gutiérrez. Ante la amenaza de iniciar una guerra, el puerto es devuelto al año siguiente. Los ingleses se retirarán en 1774, reconociendo los derechos de la corona española a dicho territorio. Ese reconocimiento se ratificaría por la Convención de Nootka Sound, en 1790. Esto no impidió que volvieran casi sesenta años después para “borrar con el cañón lo que habían escrito con la mano”.

Con la incorporación de las Islas Malvinas al cuadro de la pesquisa, y dentro de los aportes de la geopolítica, se hace necesario hacer referencia a la obra de Alberto Methol Ferré El Uruguay como problema. He aquí una definición esclarecedora: “El Uruguay no es hijo de la frontera, sino del mar, y el mar era inglés”. Para el interés de mi trabajo es importante (e inquietante) la relación que establece entre la independencia de Uruguay y la usurpación de las Islas Malvinas. Methol señala: “El Uruguay aseguraba el desmembramiento de la zona óptima de América del Sur. Como reaseguro, las

Malvinas custodiaban discretamente. No olvidemos que es la operación complementaria que sigue a poco la independencia del Uruguay”. Uruguay, entonces, tiene una postura bifronte: por un lado, el Estado-tapón, que le quita a la Argentina (y eventualmente a Brasil) el dominio de las dos riberas del Río de la Plata y el acceso (vía río Uruguay) a Paraguay y el noroeste del Brasil; y por el otro, sirve de nexo con las Islas Malvinas, enclave colonial que controla la única vía de acceso entre los océanos Atlántico y Pacífico. El revisionismo científico se enriquece, así, con los aportes realizados por intelectuales latinoamericanos que tienen puntos en común.

El interés de las potencias europeas, que se profundizó en el siglo XIX, no se manifestaba necesariamente de forma “oficial”, implicando funcionarios, tropas y naves de guerra, sino que también podía adquirir la forma de excéntricos personajes como el abogado francés Orllie Antoine de Tounens, que se declaró Rey de la Araucanía (y posteriormente de la Patagonía) en la década de 1860, por ejemplo. O, como veremos más adelante, la de misioneros religiosos.

La historiografía referida a Tierra del Fuego -predominantemente liberal- presentaba a los misioneros anglicanos (primeros habitantes "blancos" de TDF) como un grupo de devotos filántropos, desvinculados del Estado británico que, en el siglo XIX, adquiere un claro predominio mundial y lleva adelante una fuerte política colonialista. Por el contrario, la “Sociedad Misionera de la Patagonia”, era vista como una empresa de carácter privado, sostenida por donaciones de personas caritativas. Aún en el siglo XXI continúa vigente esa caracterización (Potenze, 2021).

Partiendo de la geopolítica cobran relevancia personajes que aparecen en un segundo plano en las biografías que el historiador Arnoldo Canclini les dedica a los pastores anglicanos asentados en Tierra del Fuego. Es el caso del poderoso comerciante inglés Samuel Lafone, radicado en Montevideo y con intereses en las Islas Malvinas y del capitán Bartolomew Sullivan, oficial de la Marina británica, con amplia actividad en el Atlántico Sur, al que arribó en la expedición de Fitz Roy y Charles Darwin y que tuvo importante participación en el bloqueo anglo-francés al Río de la Plata de 1845. Estos hombres tienen una influencia central en la segunda parte del proceso de evangelización de los nativos del Archipiélago Fueguino, que los anglicanos inician a partir de 1855, tomando como base a las Islas Malvinas. Fijan los objetivos, realizan el apoyo técnico y financian la empresa.

A la llegada de Lasserre el cuadro que se encontró está presentado en el libro de esta forma: “La bandera británica ondeaba en las costas del canal Beagle. Algunos nativos aprendían a hablar y escribir inglés, practicaban la religión anglicana y veneraban a la reina Victoria como cabeza de dicha Iglesia. Los misioneros, entre los tantos elementos de la educación «civilizadora», intentaban introducir nociones de organización política

con la intención de erigir en dicha región algún tipo de protectorado, al tiempo que buscaban la sedentarización de los nativos a través de la horticultura y la cría de animales. Todo esto en el marco de una región asolada por los buques loberos que, desde hacía casi un siglo, venían depredando la principal fuente calórica y de vestimenta, como era el lobo marino, para los Yámana. Mientras, las Islas Malvinas se transformaban en la sede de un obispado anglicano para Sudamérica y la estación de Cranmer instruía a los misioneros que luego la recorrerían.”

A esto se sumaba el intento de los británicos de comprarle al comandante Luis Piedra Buena la Isla de los Estados, que le fuera donada por los importantes servicios prestados al país, para sostener la soberanía argentina en la Patagonia Austral.

La formulación de una geopolítica de la Izquierda Nacional, realizada por Roberto Ferrero y la centralidad que en ella tiene Alfredo Terzaga, me permitieron elaborar una revisión del proceso de afirmación soberana argentina en la Tierra del Fuego. Contribuyeron a descorrer el velo religioso, detrás del cual emergió la política colonialista británica, claramente asentada en las usurpadas Islas Malvinas, de la que la misión anglicana en el canal Beagle era un claro apéndice.

También contribuyó a revalorizar la expedición que encabezó Lasserre. Como escribí en el Epílogo: “La toma efectiva de la soberanía argentina en Tierra del Fuego no tiene el «brillo» de, por ejemplo, la campaña libertadora de San Martín o los combates navales del almirante Brown, pero su importancia geopolítica es incuestionable.”

Bibliografía

- BANDIERI, Susana (2005) Historia de la Patagonia, Bs. As., Editorial Sudamericana.
- BELZA, Juan E. (1974) En la isla del fuego, Tomo I Encuentros, Bs. As., Instituto de Investigaciones Históricas “Tierra del Fuego”.
- BRAUN MENÉNDEZ, Armando (1939) Pequeña Historia Fueguina, Bs. As., Editorial Francisco de Aguirre.
- BRIDGES, E. Lucas (1952) El último confín de la tierra, Bs. As., Emecé.
- CANCLINI, Arnoldo (1979) Allen F. Gardiner. Marino, misionero, mártir, Bs. As., Marymar.
- CANCLINI, Arnoldo (1980) Waite H. Stirling, centinela de Dios, Bs. As., Marymar.



- CANCLINI, Arnoldo (1980) Tomás Bridges. Pionero de Ushuaia, Bs. As., Marymar.
- CANCLINI, Arnoldo (1977) Los misioneros anglicanos y la soberanía nacional, Buenos Aires, revista Karu Kinka, N° 19-20.
- CANCLINI, Arnoldo (1983) Juan Lawrence. Primer maestro de Tierra del Fuego., Bs. As., Marymar.
- DESTEFANI, Laurio H. (1980) Casi siglo y medio de usurpación británica, en revista “Investigaciones y Ensayos”, N° 29, Academia Nacional de la Historia.
- FERRERO, Roberto A. (2013) En la Huella de Abelardo, Córdoba, Ediciones del CEPEN.
- GAMBA, Virginia (1984) El peón de la reina, Bs. As., Edit. Sudamericana.
- GARCÍA BASALO, J. Carlos (1988) La colonización penal de la Tierra del Fuego, Bs. As., Editorial Marymar.
- GARCÍA BASALO, J. Carlos (1993) Una carta fueguina a Martín Fierro, en “Crónicas del Sur”, Ushuaia, Zagier & Urruty.
- GARCÍA BASALO, J. Carlos (1990) El primer subprefecto de Tierra del Fuego don Alejandro Viraroso y Calvo (1859-1909), en revista Aldea, año 4, N° 19 y 20.
- GONZÁLEZ LONZIÉME, Enrique (1977) El comodoro Augusto Laserre, Bs. As., revista Karu Kinka, N° 19-20.
- GONZÁLEZ LONZIÉME, Enrique (1971) La Conquista Criolla de la Tierra del Fuego, Bs. As., Boletín del Centro Naval N° 687.
- GUGLIELMINO, Osvaldo (2011) Rafael Hernández, el hermano de Martín Fierro, Buenos Aires, Colihue.
- HAZLEWOOD, Nick (2004) Salvaje. Vida y tiempos de Jemmy Button, Barcelona, Edhasa.
- HERNÁNDEZ, José (1952) Las Islas Malvinas, Bs. As., Joaquín Gil editor, 1952.
- JAURETCHE, Arturo (1958) Ejército y política, Buenos Aires, Peña Lillo Editor.
- LUIZ, María Teresa y Monika Schillat (1997) La frontera austral. TIERRA DEL FUEGO 1520-1920, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.



- MARIANI, Alba La familia y las empresas de Samuel Fisher Lafone. 1805-1871. 6ª Jornadas de Investigación en Historia Económica. Montevideo, 9 y 10 de Julio del 2009. Facultad de Ciencias Sociales.
- METHOL FERRÉ, Alberto (2010) El Uruguay como problema y otros escritos, Bs. As., Publicaciones del Sur.
- POTENZE, Lucas (2021) Científicos y religiosos en Tierra del Fuego, Ushuaia, Editora Cultural Tierra del Fuego.
- RAMOS, Jorge Abelardo Revolución y contrarrevolución en Argentina, tomo I “Las masas y las lanzas” y tomo II “Del patriciado a la oligarquía”, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1974 y 1976, respectivamente.
- SANTOS, Hugo A. (2007) Lasserre, Roca y la soberanía en la Patagonia Austral, en revista «POLITICA para la independencia y la unidad de América Latina», Año 2, N° 3.
- SANTOS, Hugo A. (2021) Historia crítica de la soberanía argentina en la Tierra del Fuego, Bs. As., Publicaciones del Sur.
- TAIANA, Jorge A. (1985) La gran aventura del Atlántico Sur, Bs. As., El Ateneo.
- TERZAGA, Alfredo (1976) Historia de Roca, dos tomos, Bs. As., A. Peña Lillo Editor.